

NOTAS

PUNTO DE PARTIDA DE NUESTRA LEYENDA

Puesto que voluntariamente hemos querido encerrarlo en los severos límites del más puro amor caballeresco, tomándolo por tipo y dechado del mismo, no es en realidad preciso justificar el punto de partida, meramente legendario de nuestra obra.

Son raros los biógrafos de Gonzalo o de la Reina Católica que dejan de referirse a él. Traeremos aquí unas palabras de Quintana en sus *Vidas de los españoles célebres*, que por lo menos consignan la existencia del rumor. Condena el historiador citado la baja derivación que hacían del mismo los envidiosos de Gonzalo y de la Reina. Le acompañamos nosotros en la condenación; pero nos reservamos el derecho de interpretarlo a nuestro modo, en las serenas regiones de lo poético, llegando hasta centrar en este sentimiento casi místico la clave del alma de Gonzalo. Este carácter de pasión y austeridad, tan cordobés, pudo efectivamente levantarse a las alturas

del sentimiento que le atribuimos. Indicios bastante justificados para decidirlo así son aquel despego sin causa ni motivo que la Historia no desmiente en el Rey y el súbito, total y voluntario destierro de Gonzalo, cuando pareció perder, a la muerte de la Reina, el estímulo primordial de sus hazañas.

Para no multiplicar las citas, haciendo difícil su comprobación a mis lectores, nos atendremos, hasta donde sea posible, al fácil testimonio de Quintana, que en su breve resumen biográfico acerca de Gonzalo recogió, sin pretensiones de crítica personal, el testimonio directo de las crónicas contemporáneas.

Las palabras de este biógrafo, a que nos referimos en el principio de esta «nota», dicen:

«... sus acciones y palabras, en que sobresalta la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas a la lealtad y eficacia de sus servicios, habían establecido altamente su estimación en el ánimo de aquella princesa (la Reina doña Isabel) que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos a sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la Reina le dispensaba habría algo más que estimación; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debían desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia quería más bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocía bien y sabía hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecían se le designaba al Rey,

su esposo, como el sujeto más a propósito para llevar a gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen.»

GONZALO DE CÓRDOBA

Hernán Pérez del Pulgar, contemporáneo, traza en el *Sumario de las hazañas del Gran Capitán* esta silueta de Gonzalo Hernández:

«Fué su aspecto señorial; tenía pronto parecer; en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible; tenía claro y manso ingenio; a pie y a caballo mostraba el autoridad de su estado; seyendo pequeño floreció, no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible, y de voz furiosa y recia fuerza; en la paz, doméstico y benigno; el andar tenía templado y modesto; su habla fué clara y sosegada . . . Era lleno de cosas ajenas de burlas y cierto en las veras; como quier que en el campo, a sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar, decía cosas jocosas; las cuales palabras graciosas, decía él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes . . .»

Añadiendo a esta pintura de un contemporáneo las reacciones que su amor caballeresco debía provocar en espíritu templado de esta suerte y concluyendo, por inducción de lo que son hoy todavía las almas cordobesas, algunos detalles característicos de que sus contemporáneos no hacían aprecio, creemos habernos ceñido a la realidad estricta, al evocar la noble figura del caudillo.

Se sale del cuadro exigente y breve de la dramática la extensa, compleja y diversa actuación de Gonzalo Hernández de Córdoba. Ni son precisamente los hechos de guerra los más a propósito para la figuración y representación teatral. Era preciso buscar un fondo de unidad que nos permitiera abarcar, en lo posible, diversos aspectos de este espíritu, sin perder un hilo conductor de interés constante a través de la acción acelerada y diversa. Es otra de las causas que nos han llevado a detenernos en este amor caballeresco que suponemos en el Gran Capitán, y que proporcionándonos un fondo de unidad espiritual, había de provocar el interés dramático.

* * *

En la arenga que hace a unos soldados, en el primer acto dice, de sí, Gonzalo para pintarse, en una salida:

Traeré mi pluma encendida,
por penacho, en la cimera. . .

En su biografía citada, nos cuenta D. Manuel I. Quintana: «Los otros oficiales de su clase solían, en los días de acción, vestir armas comunes para no llamar la atención de sus enemigos; Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacía distinguir por la bizarría de su armadura, por *las plumas de su yelmo* y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razón, que estas se-

ñales, que manifestaban el lugar en que combatía, servirían de ejemplo y de emulación a los demás nobles y a él le asegurarían en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Albuhera le granjeó la alabanza del general quien, dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente a Gonzalo, cuyas hazañas, decía, *había distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y de su penacho. . .*»

* * *

. . . s'rvele vino al Cadí;
nos lo acaban de traer
dos recuas, y debe ser
que nos lo traen para ti.

Estas y otras ironías que se suceden en la misma escena del primer acto responden a lo que dice Hernán Pérez del Pulgar en el retrato citado, de que el Gran Capitán «a sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar, decía cosas jocosas.»

* * *

. . . y os tomé, al paso, este modo
de osar sin aventurar,
sello vuestro, pluma en hierro,
bravura con igualdad,
que os dió Córdoba romana,
labradora y militar.

En mi concepto, Córdoba explica al Gran Capitán y éste, siendo universal, resume a Córdoba

Sería curioso establecer un paralelo entre Rodrigo Díaz de Vivar y Gonzalo Hernández de Córdoba. Aportaría interesantísimas nociones al estudio de centro y mediodía (Castilla y Andalucía) que uniéndose dan el genio de España, en lo que tiene de más íntimo y más resplandeciente. No es el teatro lugar adecuado para establecer un paralelo así; pero la observación no podía escapar a los ojos de Isabel, tan minuciosa observadora del mérito y condiciones de sus vasallos, cuando quería abrir camino a sus iniciativas.

Córdoba es horma de personalidades, acaso como ninguna otra provincia española. Dió, bajo todas las dominaciones, los más altos tipos de representación a que llegó la Península; en todos ellos hay un fondo común que da la tierra, que no puede ser más que cordobés. Y Lucano y Séneca y los hombres del Califato, le hablarían a Gonzalo Hernández en un idioma suyo, que, calando la corteza de árabe y latín, asumiría y comprendería, como cosa propia, el Gran Capitán. Hay en esto algo exquisitamente significativo que esclarecería mucho el estudio y comprensión total del alma española. Así, el amor caballeresco y casi místico de Gonzalo Hernández por su Reina, se remontaría a transcendencia nacional y cuando más adelante, casi en los últimos versos de la obra, Isabel dice a Gonzalo, hablando de sus almas respectivas:

tal vez, lejos las dos, sus resplandores
el alma engendraran de nuestro pueblo,

aspiraríamos a significar y resumir en esta frase un sentido, acaso el más alto, y un ciclo, acaso el más interesante, de constitución española.

* * *

... que encarnando en cuerpo y alma
de mi Reina los deseos,
sembrando y aconsejando,
seré en Córdoba labriego.

Es, por lo menos, digno de atención y sujeto a meditaciones que Gonzalo de Córdoba, demás en España para el servicio de su Rey, por ingrato desvió de Fernando y todavía en la plenitud de su influjo y su fuerza sobre la juventud contemporánea, como se vió después de la alarma que produjo la rota de Ravena, no tuviera ni asomos de intento de pasar a las Indias, ocupando allí su brazo y ejercitando su admirable pericia militar, cuando de aventureros se improvisaban capitanes y conquistadores en toda la Península y cuando ya la fama del oro de Indias era cebo de proezas para tantas almas.

Consignamos el hecho sin acertar a explicárnoslo del todo.

En los versos que motivan esta nota, tratamos de darle una explicación posible, en armonía con los sentimientos de Gonzalo para la Reina Isabel.

Es un rasgo de previsión adivina y profética, en el espíritu de nuestra Reina, el tono con que habla, en su famoso Testamento, de la conquista de Indias. El sentido está clarísimo. Isabel re-

pugna la dominación y la conquista por el brazo armado. No es posible, al cabo de los siglos, releer aquellas breves notas sin un temblor de filial emoción, mezclando nuestro sentimiento de hombres de hoy al estupor admirativo que nos produce ver a Isabel anticiparse a los prejuicios y usos de su tiempo, en un vuelo tan de águila caudal que la remonta a las más altas cimas de la conciencia actual en estas materias...

La abstención voluntaria de Gonzalo Hernández, empleándose en labores agrícolas, en mejorar la condición de sus moriscos y de sus hombres de labranza, según nos cuentan sus biógrafos, cuando se desangraba y despoblaba España para volar a Indias en busca de botín, ¿debemos considerarla también como una genial previsión del héroe cordobés, que repugnaba la conquista y el despojo, en el ocaso de su vida, con uno de esos movimientos precursores de futuro, que aparecen frecuentemente en el declive de las grandes vidas?, ¿o se trataba nada más de su constante y conmovedora fidelidad a los deseos de su Reina, tan claramente formulados en su testamento y de los que manifiestamente se apartaban los demás vasallos? En la escena a que pertenecen los versos de esta nota, nosotros nos atenemos a la segunda interpretación. Así conviene a la situación en que colocamos al héroe con relación a su Reina.

Pero estamos lejos de pretender que esto sea la respuesta adecuada a uno de los más hondos y curiosos interrogantes que sugiere la vida de

Gonzalo de Córdoba. Tal vez en él va la última razón de ser de su admirable espíritu.

No es de este lugar empeñarnos en agotar la materia, ni lo intentaremos, siquiera ligeramente.

* * *

Reseñando un motín que, reclamándole atrasos, promovieron en Italia algunos soldados, en presencia del Gran Capitán, dicen sus historiadores que un soldado . . . «se arrojó a decirle en ofensa de su hija Elvira palabras que la dignidad de la Historia no consiente repetir». Y agrega Quintana: «Amaba, con efecto, tanto Gonzalo a su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones . . .»

Recordemos ahora, además de lo que llevo dicho sobre el carácter cordobés del alma de Gonzalo, los tres rasgos que figuran en la semblanza de Pulgar: « . . . tenía claro y manso ingenio . . .; en la paz, doméstico y benigno . . .; su habla fué clara y sosegada . . .» y habremos citado los elementos históricos y morales que me han servido para componer la escena del segundo cuadro del tercer acto, entre Gonzalo Hernández y su hija Elvira.

En homenaje al estro esclarecido de Jorge Manrique, el más alto poeta del reinado de Isabel y padre de la lírica moderna, va escrita dicha escena en metros que, respetuosamente pretenden renovar y recordar el movimiento inimitable de sus divinas «Coplas».

PEDRO NAVARRO

Pedro Navarro, famoso Capitán de Zapadores, que fué además inventor de las minas, dando en su tiempo un nuevo impulso al arte de la guerra, tiene un sitio de gloria en la primera expedición a Italia de Gonzalo de Córdoba. Allá ganó sus cartas de nobleza. Fué un hombre de acción; entendido en su oficio guerrero, pero de ninguna grandeza de alma; desabrido, ambicioso, incapaz de sentimientos generosos, de quien no citan las historias un solo rasgo caballeresco, y en quien debieron tener poca influencia los que podríamos llamar «ideales» de su tiempo.

Para simplificar las líneas de esta obra, me ha parecido útil personificar en Pedro Navarro la reacción de envidia y malhumor que los hechos, arrogancias y fortunas del Gran Capitán irían fatalmente suscitando entre sus iguales y subordinados. No fué culpable únicamente Fernando del descrédito y ruina en la Corte, del Gran Capitán. Aparte de los posibles celos, que la Historia no comprueba y de que únicamente se hacen eco las leyendas, es indudable que el sólo desabrimiento y despego del Rey no habrían sido suficientes a provocar aquel ocaso provinciano y casi rural de Gonzalo de Córdoba, inactivo y olvidado en los últimos años de su vida. Su temple heroico de alma incapacitaba a Gonzalo para descender al nimio combate de rivalidades mezquinas a que le forzaba el partido de sus envidiosos. De ellos se

alejó Gonzalo más que de su propio Rey, en quien ejerció siempre una influencia exaltadora y generosa, parecida a la que también atribuye la Historia a Doña Isabel. Y en este partido de sus envidiosos y rivales encontró el desabrimiento natural del Rey el calor y refuerzo que necesitaba para contrarrestar y anular la innegable preeminencia de alma del Gran Capitán.

Personificando en Pedro Navarro, desde que se inicia la prosperidad de Gonzalo, esta enemiga y rivalidad de sus envidiosos, descargamos, en justicia, la iniciativa real de muchas de las inculpaciones que al tratar del Gran Capitán suelen hacersele.

Continuamos algunas citas que nos han servido de apoyo para trazar este carácter.

«Mientras él (Gonzalo) se desvelaba en asegurar su conquista y en mirar por los intereses de su patria y de su Rey, la envidia empezaba a labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y a la gloria.

»Nada había más opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: éste, franco, confiado, magnífico y liberal; aquél, celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado . . .

»Los malsines atizaban esta siniestra disposición: los unos decían que las rentas se malgastaban sin orden ni arreglo alguno; los otros, que se permitía el soldado una licencia opuesta a toda policía y ruinoso a los pueblos . . .

»Insinuaban al Rey que la conducta del Gran

Capitán en Nápoles era más bien de un igual que de un lugarteniente suyo . . .

Mientras vivió la Reina Católica, estas semillas de división no produjeron efecto . . .

* * *

«Aquel Monarca (Don Fernando) reservado, detenido y parco en galardonar, olvidaba su natural junto a Gonzalo, y se vió con admiración que nada de lo que le pidió en aquel tiempo en favor de otros fué denegado por él . . . Podían todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas no se manifestaban, y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, el uso que Gonzalo hizo de su influjo le constituía, a los ojos de Italia, el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y benevolencia . . . »

«Pero él (Gonzalo) . . . se desentendió de las sospechas de Fernando y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados . . . y arreglando las cosas de aquel Reino (Nápoles), para que no sufriesen alteración por su partida . . . El Monarca, ya incapaz de sufrir más retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temía, determinó enviar a Nápoles a su hijo el arzobispo de Zaragoza (Don Alonso de Aragón), con orden de reasumir en sí toda la autoridad y de prender a Gonzalo . . . Habían de auxiliar esta resolución